



Temas pendientes en la enseñanza sobre pueblos originarios: Una mirada al currículo de ciencias sociales

María Teresa Rojas F.
Directora Programa Pedagogía para Profesionales, Facultad de Educación
Universidad Alberto Hurtado

Ha pasado casi un mes desde que los comuneros mapuches depusieron la huelga de hambre. Fueron más de 80 días de un conflicto que logró visibilizar algunos de los problemas de los mapuches del sur de Chile (pues sobre los que viven en otras zonas prácticamente nada se sabe) y, con ello, sensibilizar a parte de la sociedad chilena que rara vez se detiene a pensar qué tenemos que ver nosotros con el llamado “conflicto mapuche”. Si bien hay que celebrar que la huelga terminó y que ninguna persona perdiera la vida, sabemos que de ahora en adelante el tema de los comuneros empezará a desaparecer de los medios y, por lo mismo, comenzará a borrarse de la preocupación de la opinión pública. Deberemos esperar otro hecho desgarrador para que volvamos a mirar hacia el sur o hacia otro lugar donde estalle “un conflicto étnico”.

¿Por qué tanta indiferencia? ¿Por qué es tan difícil vincular la realidad del pueblo mapuche y de otros pueblos originarios con nuestro propio devenir? Las razones son múltiples, pero sin duda una de ellas se relaciona con la educación. Si aceptamos que la escuela cumple un rol socializador cuya misión es enseñar la historia y la cultura entre las generaciones jóvenes, podemos afirmar que su rol en la transmisión crítica del pasado y el presente de las culturas originarias es muy pobre. Por décadas, los chilenos hemos estudiado a los mapuches (y al resto de los pueblos originarios) en el contexto de las guerras y enfrentamientos con los españoles y, luego, con los chilenos. Los textos escolares antiguos contribuyeron a construir imágenes estereotipadas sobre “el indio” y, especialmente, a sumarlo al relato de la historia nacional solo a propósito del conflicto.

El currículo actual integra una visión de mayor reconocimiento al legado cultural de algunos pueblos originarios, pero silencia la existencia de una historia compleja, política y social que no solo los vincule al Estado chileno a partir de la cuestión territorial, sino también los enseñe a partir de una perspectiva propia. Una mirada al currículo del área de historia y ciencias sociales puede servir de ejemplo, en el entendido que se trata del sector curricular que promueve explícitamente la enseñanza de los pueblos originarios.

La historia de los pueblos originarios se revisa por primera vez en **cuarto básico**. En el programa de estudio de ese nivel se espera que niños y niñas reconozcan la

diversidad étnica de Chile, así como el aporte de cada pueblo a la cultura nacional. El aprendizaje esperado es amplio y trata de establecer vínculos entre el pasado indígena y el presente chileno. Sin embargo, al revisar las actividades propuestas y también los indicadores de aprendizaje y las orientaciones al docente, es posible apreciar una evidente reducción de la noción de cultura originaria. Las actividades insisten en la localización territorial de pueblos remotos, que evidentemente no guardan relación con la distribución espacial actual. Tampoco hay una alusión a que se compare cuáles fueron los asentamientos indígenas del siglo XVI y cómo esa realidad ha variado drásticamente después de cinco siglos. En general, se proponen tareas para que los estudiantes caractericen las costumbres y tradiciones de los pueblos originarios, pero existen propuestas muy vagas para que se realice una vinculación interesante y motivadora entre pueblos que vivieron hace casi 500 años y sus realidades presentes.

Algo similar ocurre en **quinto básico**. El objetivo fundamental del marco curricular apunta a localizar las civilizaciones de América precolombina y a conocer sus formas de organización. El currículo oficial opta por detenerse en las culturas azteca, maya e inca e invita a valorar sus aportes y su legado en el contexto anterior a la llegada de los españoles a América. Por una parte, la historicidad de estas “grandes” civilizaciones está sujeta a la cronología de la conquista española y no a su propio desarrollo histórico; por otra parte, se invisibiliza la diversidad y pluralidad de culturas existentes en América, comunicando una historia muy simple y reducida.

En el programa de **sexto básico**, los estudiantes son invitados a conocer el proceso de “incorporación de la Araucanía” en el marco de los grandes cambios territoriales que vivió Chile durante el siglo XIX. Lo que se pretende es que los niños identifiquen cómo se fue ocupando el territorio actual, pues nuevamente la actividad sugerida alude al trabajo con un mapa que distinga los avances del ejército chileno en la zona de la Araucanía. No hay mención de las formas en que los propios mapuches interpretan este proceso.

Finalmente, el currículo oficial propone enseñar en **segundo medio** la historia de los pueblos originarios en la unidad la “Construcción de una identidad mestiza”. Es quizás, la unidad más problematizadora de toda la propuesta curricular en relación a distinguir razones y explicaciones divergentes para comprender un determinado proceso histórico social y proyectar sus consecuencias hacia el presente. El objetivo fundamental promueve que cada alumno y alumna valore la diversidad de aportes e influencias que han dado forma a la identidad nacional y las manifestaciones actuales de dicha diversidad. Se invita a vincular el pasado de los pueblos originarios con su realidad actual y a distinguir qué elementos de éstos forman parte de la cultura chilena. Luego, en la unidad “Creación de una nación”, se vuelve a tratar el proceso de incorporación de la Araucanía al Estado chileno, con la indicación expresa de hacer referencia a la situación actual de los mapuches. Sin embargo, el currículo otorga escasos elementos para que los profesores puedan enseñar el punto de vista del pueblo mapuche y, así, permitir que sus estudiantes comprendan la narrativa propia de los mapuches frente a este proceso.

Tal como se aprecia, la propuesta curricular oficial contiene temas que abordan las culturas originarias que se organizan, fundamentalmente, entre cuarto básico y segundo medio. El currículo instala una sensibilidad respecto al valor y el legado cultural de los pueblos originarios, pero siempre desde la perspectiva de estudiar “al otro”, aunque ello implique reconocer parte de ese legado en nuestras “costumbres”. Si recorremos detenidamente el currículo del área de ciencias sociales, podemos interpretar que el énfasis de la enseñanza de los pueblos originarios está puesto en su descripción: ubicación territorial, costumbres, tipo de creencias, organización familiar, lengua, entre otras. Las culturas aparecen como un listado de características ajenas a un relato histórico propio, cargado de complejidades, conflictos y prácticas culturales dinámicas y cambiantes.

En la enseñanza básica, los pueblos originarios son presentados como “entes del pasado”, cuya especificidad cultural se agota en sus formas de vida de hace 500 años. Las relaciones que se hacen con nuestro presente son costumbristas y carecen de tensión. Sin ir más lejos, el currículo no alude de forma directa a la historia de los procesos migratorios del siglo XX desde las zonas rurales hacia las ciudades que significó, entre otras cosas, la movilidad y desarraigo territorial de gran parte de los pueblos indígenas, configurando con ello una nueva identidad cultural cuyas implicancias de exclusión y pobreza están vigentes hasta hoy.

Así, se podría plantear que un estudiante chileno que estudia 12 años en el sistema escolar, no cuenta con un sistema curricular que le permita acceder a interpretaciones divergentes respecto a la relación entre la cultura nacional y las culturas originarias. Más aún, en el caso mapuche, en segundo medio, su protagonismo aparece solo en función de comprender el proceso de unificación territorial y de consolidación de las fronteras chilenas. En una sola actividad del programa de estudio se propone consultar la opinión de un dirigente o representante de la etnia para conocer su perspectiva histórica, invisibilizando la narrativa propia de los mapuches en tanto pueblo, sus formas de organización y su resistencia al Estado chileno o bien, sus conflictos internos y sus diferencias frente a las formas de lucha o de aculturización de estos últimos 130 años.

La ausencia de una narración histórica desde la perspectiva de los mapuches, es, al mismo tiempo, la negación de la historia de despojo, crueldad y sometimiento violento del proceso de ocupación de la Araucanía. Es probable que los objetivos fundamentales otorguen marcos interpretativos más amplios y complejos, no obstante, el currículo, a través de los programas de estudio, reduce, simplifica y estereotipa la complejidad de los pueblos indígenas. **¿Cómo puede un estudiante chileno, entonces, entender de forma amplia, el “conflicto mapuche” actual, o comprender por qué un grupo de comuneros sostiene una huelga de hambre para presionar al Estado?** Lo más probable es que sus referencias estén en los medios de comunicación, la familia o los múltiples medios de socialización actual. El currículo le entrega pocas pistas para hacer una lectura comprensiva, crítica y propia de esta situación.

Sobre lo anterior, algunos dirán que el problema no está en el currículo, pues el Estado solo obliga a cumplir con los objetivos fundamentales del marco curricular.

Los programas de estudio que elabora el Ministerio de Educación son voluntarios y, por tanto, queda al arbitrio de cada escuela enseñar las culturas originarias a partir de una narrativa más compleja. Es más, es finalmente responsabilidad de cada docente transmitir una historia divergente que reconozca la multiculturalidad de la sociedad chilena. Pero bien sabemos que eso no ocurre y que los programas de estudio son el referente de enseñanza de todas las escuelas del país. Además, lo relevante en este caso es debatir cómo el Estado diseña un currículo que integre la visión de la historia de los pueblos indígenas, asumiendo, así, la multiculturalidad como un tema a enseñar en todas las escuelas, no solo en aquéllas que tienen una mayoría de población indígena.

Sería interesante que el Estado, a través de su propuesta curricular, invitara a los estudiantes a reflexionar acerca de si Chile es un país multicultural. A propósito de la huelga de los comuneros mapuches, esa fue una pregunta que apareció más de una vez entre los actores del conflicto, más aún si el convenio 169 de la OIT obliga al país a reconocer los derechos de los pueblos originarios como culturas específicas que forman parte del Estado chileno. Por otra parte, también sería sugerente que la escuela invitara a sus estudiantes a comprender por qué la sociedad chilena es racista y maneja tantos estereotipos hacia los indígenas. Ello implicaría un compromiso por enseñar y transmitir una mirada comprensiva de la sociedad actual, lo que obligaría a consultar la voz de los pueblos indígenas y no sólo a hablar “sobre ellos”. Y por cierto, sería muy aportador, entender que la historia de los pueblos originarios posee conflictos políticos propios y miradas contrapuestas que refuerzan su condición de culturas dinámicas, que mutan y se adaptan a las transformaciones sociales propias de cada época. Lo que está en juego, al final de este camino, es que nuestros estudiantes tengan más herramientas para elaborar una visión propia sobre su historia.